



otros de estímulo; de manera que *la sangre es semilla de cristianos* (1). Verdad es que los romanos estaban acostumbrados á suplicios diarios, á luchas de gladiadores, á batallas en las ciudades ó en los campos y á estóicos suicidios; pero todos éstos, ó dejaban la vida obligados á ello, ó la arrojaban como una carga insoportable; cuando más la entregaban con indiferencia, como cosa de que estaban cansados. Entre los cristianos, por el contrario, niños, ancianos, mujeres, eran los que morían, no con una orgullosa dignidad de escuela, sino sencillamente y sin jactancia; no por erudición de doctrinas muertas, sino por las palabras de la vida; no por sí mismos, sino por el género humano. En medio de agudísimos tormentos no se quejaban, sino que se complacían en ellos y perdonaban á sus perseguidores.

Estas demostraciones de una fuerza sobrenatural multiplicaban las conversiones, ó hacían amar la doctrina que las inspiraba. Los milagros están confirmados en lo general, citados en apologías donde importaba no mentir; y no les negaban los enemigos mismos de la nueva religión, sino que los atribuían á magia, tanto que el escritor de buena fe se detiene ántes de negarlos ó reírse de ellos. Si se niegan, es mayor el milagro de la conversión del mundo, de hacer entrar á tantos ignorantes en el conocimiento de tan elevados misterios, de inspirar sumisión á los doctos y convencer de cosas in-

Plinio ep. *Εἶτα ὑπὸ μανίας μὲν δόναται τις οὕτω διατεθεῖναι πρὸς τὰτα καὶ ὑπὸ θροῦς ὡς οἱ Γαλιλαῖοι*. Arriano epicureo.

(1) El efecto de los suplicios sufridos valerosamente se halla bien pintado por Lactancio, Instit. V, c. 13: *Nam, cum videat vulgus dilacerari homines variis tormentorum generibus, et inter fatigatos carnifices invictam tenere patientiam, existimat id quod est, nec consensum tam multorum, nec perseverantiam morientium vanam esse, nec ipsam patientiam sine Deo cruciatus tantos posse superare. Latrones et robusti corporis viri ejusmodi lacerationes perferre nequeunt, exclamant et gemitus edunt, vincuntur enim dolore, quia deest illis inspirata patientia. Nostri autem, ut de viris taceam, pueri et muliercula tortores suos taciti vincunt, et expromere illis gemitum nec ignis potest. Ecce secus infirmus et fragilis aetas dilacerari se toto corpore utique perpetitur, non necessitate, quia licet vitare si vellent, sed voluntate, quia confidunt in Deo.*

creíbles á tantos incrédulos, á pesar de poderosísimos obstáculos.

Entre los mayores obstáculos preciso es enumerar la costumbre. Con las primeras ideas y con las primeras palabras, habían bebido los gentiles el politeísmo; los dioses estaban asociados á las impresiones de la juventud, que tanto influyen en el resto de la vida; en ellos se había desenvuelto su educación; á ellos los ligaban las preocupaciones; y de ellos estaban llenos los libros con que habían cultivado su entendimiento, ocupado sus ratos de ocio y distraído su melancolía. En sus necesidades habían confiado en los dioses, habían acudido á sus oráculos en la duda, y ante éstos cumplían sus votos despues de haberse salvado de una enfermedad, de naufragios, de las locuras de Calígula ó de la venganza de Seyano.

Las imágenes de la mitología brillan con tan perfecta delicadeza, que aún despues de haber perdido toda la fe y á pesar del trascurso de tantos siglos, aún agradan á nuestra imaginación. ¿Y cuál sería entonces su influencia cuando todas las artes habían recurrido á aquel inagotable manantial de lo bello?

El cristiano, que no veía en los dioses protectores de la música, de la poesía y de la elocuencia más que demonios, estaba reducido á privarse de ellas. Y sin embargo, á cada paso encontraba peligros y motivos de escándalo (1). Veíase obligado á no tomar parte en las fiestas en los días de recíproca alegría ó de solemnes conmemoraciones; á no colgar lámparas ni ramas de laurel á las puertas, ni coronarse de flores cuando todo el pueblo lo hacía, ántes bien debía protestar contra la idolatría al ver los actos que la manifestaban. Si se cantaba en las bodas á Talasio ó Himeneo, si se hacían expiaciones en las exequias, ó libaciones en los banquetes á los dioses hospitalarios, si se rendía culto en las cosas á los lares, el cristiano debía huir y manifestar su horror.

De aquí provenían continuos disgustos, y el convertido se veía precisado á vivir solitario, á

(1) *Recogita sylvam, et quanta latitant spinæ; Tertul. De cor militis, 10.*



dejar las más caras distracciones, y á consagrarse enteramente á la abnegación y al aislamiento. «Muy difícil me parecía (escribe San Cipriano) renacer y tener nueva vida en el mismo cuerpo, y ser otro hombre distinto del primero. ¿Cómo puede uno, decía entre mí, despojarse de pronto de los hábitos del alma tan arraigados, dados por la misma naturaleza ó por una larga costumbre? ¿Cómo ser frugal despues de asistir á mesas abundantes y opíparas? ¿Cómo presentarse con traje vulgar el que hasta ahora vistió ricos paños, oro y púrpura? ¿Cómo puede resolverse á vivir privadamente la persona acostumbrada á las haces y á los honores, y á una multitud de amigos y de clientes? ¿No es un suplicio el estar solo? Esto me decía yo á mí mismo, y desesperando de encontrar otra cosa mejor, amaba aquel mal que se había confundido con mi naturaleza (1).»

La juventud, siempre fija en el porvenir é inclinada por lo tanto al movimiento, se encontraba en oposición con sus padres, preocupados con lo presente y dispuestos á la resistencia. El cristiano que queriendo ganar las almas se dirigía principalmente á la juventud, era acusado de aconsejar la rebelión, porque emancipaba á la nueva generación de otra frivola, gastada é ignorante del verdadero bien. Los padres, pues, desheredaban á sus hijos, repudiaban á sus esposas y castigaban á los esclavos reos de cristianismo, y quedaban las familias trastornadas, y desquiciada aquella autoridad en que reposaba la sociedad romana.

El único medio de obtener los empleos y las dignidades era el agrandar al príncipe, y éste quemaba á los cristianos, haciendo con sus cuerpos antorchas para sus jardines. Muchos comerciantes y artesanos vivían á favor del tráfico de los incienso, de la provision de víctimas, de la celebracion de los juegos y de la preparacion de los simulacros. Sacerdotes, augures, reyes de los sacrificios, encantadores y astrólogos, tenazmente apegados á las costumbres y al lucro de toda su vida, odiaban á quien les perjudicaba en su oficio, trataban de

(1) *Ep. 59 ad Corn. Cypr.*

sostenerle reanimando el fervor por el culto antiguo, aumentando la concurrencia á los oráculos y la destreza de los prodigios. Faltos del sentimiento moral, habían rodeado de ceremonias religiosas todos los actos de la vida pública. Los cristianos, que ya ocupaban magistraturas, ¿cómo podían prestar el juramento? ¿cómo sacrificar? ¿cómo ir al Senado, que se reunía en un templo, y cuyas sesiones principiaban con libaciones á la divinidad? ¿cómo presidir los juegos?

Hemos visto qué apasionados eran los romanos y los asiáticos á los juegos. Ahora bien: el cristianismo odiaba estos espectáculos en que se derramaba sangre por diversion, y eran conocidos los nuevos convertidos porque se alejaban del circo, por lo cual dice Tertuliano, que la afición hacía los espectáculos alejaba del cristianismo más personas que el miedo de la muerte. San Agustín nos refiere de su amigo Alipio, que convertido renunció á los espectáculos sangrientos.

Sin embargo, un día estando en Roma le obligaron á ir al circo sus amigos, y no pudiendo evitarlo permaneció durante la lucha con los ojos cerrados é inmóvil. De improviso el ansioso silencio de los espectadores es interrumpido por los feroces aplausos dados á un gladiador que había derribado á su contrario. Impulsado por la curiosidad abre Alipio los ojos, y la vista de aquella sangre le llena el corazón de feroz placer: contra su voluntad se fija su vista en aquel cuerpo moribundo, y su alma se embriaga con el furor del combate y los crímenes de la arena. No era ya el hombre que había sido arrastrado allí por fuerza, sino uno cualquiera de la multitud, conmovido como ésta, gritando como ella ébrio de alegría é impaciente por volver á gozar los furros del circo. ¡Tanto podía la costumbre contra las mejores resoluciones!

La idolatría desplegaba toda la solemnidad de un culto público, con fiestas nacionales y reales; el cristianismo sólo presentaba una austeridad pobre y sencilla; derivada aquella religión de los principios de la historia nacional, deificaba á los fundadores y legisladores del pueblo: éste los derribaba de sus aras para sus-



tituirles el hijo de un artesano. El mismo vulgo veía en el culto de la patria el de su gloria, de manera que se unían la piedad y el patriotismo. ¿Cómo, pues, había de prestar atención á los que predicaban que estaban condenados por toda una eternidad los hombres más queridos y venerados, los grandes filósofos y los grandes monarcas?

¿Y quiénes eran los que venían á destruir creencias tan antiguas como el mundo, y tan extendidas como el género humano? ¿Griegos? ¿Indios? El mundo estaba acostumbrado á escarnecer y estimar á los cínicos y á algun otro gimnosofista; pero éstos eran de la hez del pueblo judío, célebre por su credulidad y nacido para la servidumbre, ateo ó panteísta (1), blanco de las burlas de todos por la singularidad de sus costumbres y por sus abstinencias. Su fundador no había tenido como los demás autores de religiones el cetro ó la espada, ni tampoco la lira ó la pluma: sus discípulos arrancados al remo ó á otro oficio eran unos pobres mendigos (2), que rodeaban á los jóvenes inexpertos y á los viejos mentecatos para contarles brujerías; prohibían discutir las razones de la adoración y de la creencia: juzgaban como un mal la sabiduría del mundo, y como un bien la locura. *Vuestro patrimonio*, decía Juliano, *es la ignorancia: todo vuestro saber consiste en repetir estúpidamente: yo creo.*

Así era llamada la religión de Cristo por los latinos *insania*, *amentia*, *dementia*, *stultitia*, *furiosa opinio*, *furoris incipientia*. Repugnaba al orgullo unirse con gente abyecta, artesanos y esclavos; para los doctos eran muy ridículos los misterios, cuya sublimidad no se comprende más que con la gracia: un Dios que se hace hombre, un crucificado que resucita parecían cosas de burla; la pobreza y los suplicios de los discípulos suministraban una prueba segura de la debilidad del fundador,

(1) Diodoro (*fragm.*) dice que los hebreos consideraban solo como Dios Supremo el cielo y el universo; y Estrabon que adoraban como única divinidad el cielo, el mundo y la naturaleza de los seres: *ὁὐρανὸν καὶ κόσμον καὶ τὴν τῶν ὄντων φύσιν.*

(2) *Ὀχλὸς σφιλόσοφος.* Ab inductis hominibus scripte sunt res nostrae. Arnobio, I, 39.

en una sociedad que todo lo hacia consistir en los resultados, y para la cual todo concluía en este mundo. Exagerando, en fin, é incurriendo en falsedades, decían que los nazarenos adoraban el sol, un cordero y una cruz; en Cartago se expuso al público un crucifijo con orejas de asno; otros aseguraban que veneraban una cabeza de jumento ó las partes sexuales de los obispos, y el vulgo, siempre demasiado numeroso, se reía y los tenía más bien por locos que por malvados.

Sin embargo, tambien los creía malvados. Obligados como estaban á tener sus asambleas en secreto, daban pretexto á las acusaciones que suelen dirigirse contra todo lo que es un arcano, y veían interpretados del modo más siniestro sus ritos. Sus sobrias comidas eran para los romanos impúdicos festines: segun ellos, en el silencio de las catacumbas violaban el pudor y la naturaleza: se presentaba un niño cubierto de harina al neófito, que le mataba sin saber lo que hacia; la sangre recogida en cálices pasaba de unos á otros, y se comía su carne. Si huían de las magistraturas, que no podían desempeñar sin tributar homenaje á los dioses, los llamaban perezosos; los milagros parecían hechicerías; su constancia en los tormentos un maleficio, y se les consideraba ateos porque no tenían sacrificios ni templos (1).

Y sin embargo, ¿qué moral enseñaban estos malvados? La más pura y austera, la pobreza en un mundo que idolatraba las riquezas; la humildad en el siglo del orgullo, y la castidad en medio de la más escandalosa disolución. Los que huyendo de tantos males se habían sumergido en los placeres, sin sospechar siquiera que éstos pudiesen ofender á dioses que tenían los mismos defectos, veían que no sólo se les prohibían estos actos, sino que se les culpaba hasta del deseo; se les vedaba la fornicación aun con las esclavas; se condenaba

(1) *Ἄρτε τῶν ἀθεῶν* era el grito contra ellos en tiempo de Adriano. Y en el diálogo de Minucio Feliciano, exclama el interlocutor gentil: *Cur nullas aras habent? templa nulla? nulla nota simulacra?...* Unde autem, vel quis ille, aut ubi, Deus unicus, solitarius, destitutus? c. X.



la venganza que ántes era un deber y un acto de religion; se les prohibía el fausto; se llamaba bienaventurados á los que sufrían, felices á los pobres de espíritu, y se excluía de la gloria á los afeminados, á los adúlteros, á los pederastas. ¡Á cuántos no debía apartar del cristianismo esta guerra á las pasiones, este freno á las inclinaciones naturales!

Un gran obstáculo les oponían tambien los hebreos. Pueblo elegido de Dios con evidentes milagros, que se había libertado de los más horribles desastres, salvado prodigiosamente en medio del mundo enemigo, y alimentado con las promesas de los patriarcas y de los profetas, veía ahora de pronto desmentidas sus magníficas esperanzas, y que se le llamaba para fundirse en una nueva fe, en la fe de uno de sus compatriotas, pero al cual había perseguido y crucificado. Si la Iglesia se había ocultado al principio á la sombra de la Sinagoga, pronto declaró el imperio guerra á muerte á los hebreos, insurreccionados en todas partes contra el yugo extranjero, y los cristianos fueron envueltos en su persecucion y en el odio que excitaban.

Añádanse á esto las herejías, que demasiado pronto se presentaron á turbar la unidad y la pureza de la fe y de la moral. Incapaces los paganos de distinguir en esta sublime doctrina la línea sutilísima que apartaba lo verdadero de lo falso, se burlaron de aquellas obstinadas contiendas por sutilezas incomprensibles; creyeron que la doctrina católica era un plantel de vanidades inútiles; y si los heréticos se entregaban á desórdenes y vicios condenados por la Iglesia católica, los gentiles se los atribuían á ella, reprobando el error y la verdad bajo el nombre comun de cristianismo.

Parecía además como si el infierno hiciese sus últimos esfuerzos multiplicando los endemoniados y aumentando los encantos, atestiguados tambien por los cristianos. El samaritano Simon, combatiendo á Moisés y á los profetas, había adquirido gran fama en su patria por la antigua rivalidad entre las dos razas en que estaba dividido el pueblo elegido. Cuando oyó al diácono Felipe predicar en Samaria convirtiendo á tanta gente, supuso en él algu-

na arte mágica, por lo cual entró entre los neófitos, fingiéndose convertido para arrancarle el secreto de hacer prodigios. La nueva religion no podía ofrecerle arcanos; pero persuadido al de que éstos se reservaban para los prosélitos de grado superior, importunó á Pedro ofreciéndole dinero si le concedía la facultad de conferir el Espíritu Santo imponiendo las manos (1).

Reprendido por Pedro, se separó de la Iglesia, y volvió á su primera vida. Así como los orientales y algunos hebreos especulativos personificaban la idea primitiva del universo, del mismo modo él, elevando un dios contra otro, se proclamó á sí propio como una manifestación divina, que al descender á la tierra había pasado por diferentes cielos, trasformándose en las diversas inteligencias que los ocupan; que habiendo tomado aquí bajo forma humana, había aparecido en Jerusalem, donde sólo en apariencia fué crucificado, y en fin, que él era la palabra de Dios, su belleza, el paracleto, el omnipotente, todo lo que en Dios existe (2). A semejanza de Isis y Osiris en Egipto, y de otras parejas, comunes á las religiones orientales, decía que una compañera suya era la primera inteligencia de Dios (*ἑνωια*), por cuyo mérito había concebido el Padre el designio de crear los ángeles. Habiendo descendido ésta á un grado más inferior, engendró los ángeles, sin comunicarles ninguna noticia del padre, y éstos crearon las cosas terrestres; pero temiendo que su origen fuese descubierto, retuvieron consigo esta inteligencia, sometiéndola á mil ultrajes en la emigracion de cuerpo á cuerpo.

Esta hubiera sido una manera original de explicar el gran enigma del gobierno del mundo sin recurrir á la dualidad del principio primitivo, si no hubiese pretendido que este pri-

(1) Por esto, á los que venden ó compran las dignidades eclesiásticas y asimismo los bienes ó fincas anejas á ellas, se les llama *simoniacos*, palabra que se escribió en la historia con letras de sangre, y que designa la primer herejía que apareció, y la última que desaparecerá.

(2) Justino, *Apologia*.—Eusebio, *Hist. eccles.*—*Hechos de los apóstoles*.—San Ireneo.—San Epifanio, etc.



mer pensamiento del mundo había sido encarnado en una Elena, esclava de Tiro, tan hermosa como libertina. Refería las varias metempsicosis que ésta había sufrido, especialmente en aquella Elena que fué la causa de la ruina de Troya, hasta aquel momento en que él debía rescatar, en la prostituta de Tiro, la última metamorfosis de Enoia caída, de la verdad muerta, para hacerla digna de subir al lugar de que había descendido y entrar de nuevo en el seno del Padre Supremo.

Con semejante mezcla de ideas platónicas, evangélicas y cabalísticas, trataba de alejar á los hombres del verdadero Cristo, y sedujo á bastantes predicando de provincia en provincia. Impugnaba la divinidad de Cristo en varias obras, ninguna de las cuales ha llegado hasta nosotros, suponiendo que Dios, origen y causa de cuanto existe, se manifiesta á quien sabe buscarlo, y que Jehová, Cristo y el Espíritu Santo no son más que virtudes del mismo Dios.

Á la manera que los magos de Faraon oponían hechicerías á los prodigios de Moisés, así también las oponía él á los milagros de los Apóstoles, y se vanagloriaba de volar por el aire, de hacerse invisible á su voluntad, de convertir las piedras en pan, y de cambiar la situación de los montes. Dicen que en la época de Claudio llegó á Roma (1), y por último, que habiendo intentado volar, cayó y se destrozó enteramente.

Otro operador de prodigios, Apolonio de Tiane, de Capadocia, que había estudiado en las primeras escuelas del Asia y principalmente con los pitagóricos, quiso unir sus doctrinas á la antigua y venerada tradición italiana, del mismo modo que se ingertaban las cristianas en la tradición platónica. Habiendo cedido todos sus bienes á su familia, sin cuidarse más que de la sabiduría, vivió mucho tiempo en el

(1) San Justino refiere que se había hecho allí tan célebre con los milagros, que obtuvo una estatua en la isla del Tiber con el título: *A Simon, dios santo*. Justino padeció error en esta aserción á causa de la inscripción: SEMONI SANCO DEO FIDIO SACRUM, que se encontró en efecto en un cipo sacado del Tiber, y que alude á una de las antiguas divinidades italianas.

templo de Esculapio en Cilicia, curando los enfermos; procuró corregir á un hermano extraviado, y despues se dedicó enteramente á la filosofía, íntimo deseo de su alma.

Guardó silencio por espacio de cinco años á la manera de los pitagóricos: habiendo estado una sedición y sido llamado para reprimirla, no por esto rompió el silencio, sino que hizo señal al pueblo de que se calmase, y oídas las quejas de éste y las disculpas de los magistrados, indicó que la justicia estaba de parte de éstos, y el pueblo se apaciguó con esta muda decisión.

Acudió también á la fuente del idealismo, á Nínive, entre los magos de Babilonia; pasó veinte meses en la corte de los partos, donde aprendió la interpretación del lenguaje de los animales, y en donde habiéndole presentado la imagen del rey para que la adorase, respondió: *Bastante hará el que adorais si merece que yo le estime y aplauda*. Conferenció en la India con los bramanes, y volvió despues á la Jonia predicando el culto de las ideas, de la inteligencia, y el idealismo puro. Seguía la multitud; los artesanos abandonaban sus tareas para correr tras él; los oráculos hacían resonar sus elogios; las ciudades solicitaban con embajadas que fuese su huésped ó su consejero, y le erigían estatuas ó altares, atribuyéndole poder sobrenatural.

En Éfeso, ciudad enteramente consagrada á los bailes, á la música y á la vanidad, introdujo el amor de la filosofía, y aconsejó que hiciesen comunidad de bienes. Mientras predicaba esto, bajó un pájaro hácia otros varios como si fuese á decirles alguna cosa, y los otros alzaron el vuelo con gran estrépito. Apolonio hizo como que le escuchaba con atención, y despues refirió que el pajarillo anunciaba la caída de un jóven en tal sitio, habiendo derramado el grano que llevaba, y que invitaba á los demas pájaros á recogerlo. Los efesios fueron inmediatamente á cerciorarse, y viendo que había dicho exactamente la verdad, formaron una idea maravillosa de Apolonio, el cual continuó aconsejándoles que pusiesen en común sus bienes, como hacían aquellos animalillos.



Predijo también que infestaría su ciudad una peste, y cuando se hubo presentado la hizo cesar. ¿Podía dudarse de su divinidad? No habiendo querido admitirle el hierofante de Atenas á los grandes misterios, le dijo Apolonio: *Tu sucesor me iniciará*; y en efecto, al cabo de cuatro años fué recibido con mayores méritos. Fué á Roma, en donde Neron, enemigo de los filósofos, había hecho prender á Musonio, casi igual á Apolonio en sabiduría: temiendo semejante suerte, abandonaron sus discípulos al Tiane; pero éste dió tan buena cuenta de sí al cónsul y á Tigelino, que le permitieron permanecer en la ciudad y alojarse, como acostumbraba, en los templos. Vino á España y á Egipto, en donde dió á Vespasiano, elevado entónces al imperio, consejos para gobernar bien, y en Etiopía se le quejaron los sacerdotes porque había visitado ántes á los indios, que pretendían ser superiores á ellos en civilización.

Este nuevo Zoroastro, regenerador del paganismo, carácter que se acomoda más á los tiempos en que se escribió su historia que á aquellos en que se supone que vivió, además de predicar sobre la vida humana y sobre la inteligencia de las cosas, explicaba la misteriosa razón de las sagradas efigies y de sus actitudes, el modo y el tiempo de hacer libaciones y sacrificios; reprimió las obscenidades de las bacanales; hizo que abandonasen los atenienses los combates de gladiadores; censuró á los alejandrinos su furor por las carreras de carros, y en fin, expulsaba los demonios y anunciaba el porvenir. Del ítsmo de Corinto dijo: *Será cortado y no lo será*, y parece que adivinó, pues Neron trató de cortarle y despues interrumpió la obra. Vaticinó otra vez que una cosa sucedería y no sucedería, y se dijo que aludió á un rayo que cayó junto á Neron sin causarle más daño que la caída de la copa que tenía en la mano.

Acusado ante Domiciano por un griego, se presentó en Roma á justificarse; en el mismo día lo vieron en Pozzuoli y en Éfeso, y encontrándose en esta última ciudad en el momento en que Domiciano recibía la muerte, suspendió su discurso como abortido en otro pensamiento,

y despues dijo: *Hiere, hiere*, y dirigiéndose en seguida á los oyentes maravillados, añadió: *El tirano es muerto* (1).

Apénas fué nombrado emperador Nerva, que era su amigo, le llamó á su lado; pero él se excusó, enviándole buenos consejos y su discípulo Damides; en seguida desapareció, y no se le volvió á encontrar ni vivo ni muerto. Los tianeos le erigieron un templo, y colocaron su imagen en otros; Adriano reunió sus cartas; Caracalla le tributó honores divinos; el emperador Alejandro tenía su efigie en medio de Cristo y de Abraham, y Aureliano tuvo ó fingió tener una vision que le disuadió de destruir á Tiane. Sea, pues, que haya existido verdaderamente Apolonio, ó que lo hayan fingido sus partidarios (2), creíase en él, sin embargo; y nadie puede desconocer cuánto debían perjudicar semejantes doctrinas, separando del cristianismo á quien creía en ellas, y comparándolas los que no las creían con las verdades y prodigios de los santos, tachados de magos y hechiceros.

Estos últimos se aumentaron de un modo prodigioso. Admiradores del nombre de Apolonio y de Pitágoras, creían que el vacío entre el hombre y Dios le ocupaban una infinidad de genios, partícipes en diverso grado de la natu-

(1) Un frances llamado Michel vió desde París en 1838 el sitio de Constantina, y caer herido el general Damrémont. Este es uno de los mil milagros del magnetismo, que opone el siglo de las doctrinas positivas á los de los siglos de la ignorancia.

(2) Escribió su vida Filostrato. Si reflexionamos, no obstante, que un hombre tan públicamente portentoso, al cual era deudora la familia Flavia del imperio, no se haya nunca nombrado sino cien años despues por Luciano y Apuleyo, sospechamos que sea una invención. Y considerando la solicitud con que se apoderó Filostrato de ciertas comparaciones, como el anuncio del nacimiento de Apolonio por Proteo, su encarnación, los milagros de su nacimiento y durante su vida, y en fin, su ascension al cielo, nos inclinamos á creer que se propuso hacer una parodia de Cristo. De esto lo defienden Meiners, *Gesch. der Wissenschaften in Griechenland, und Rom.* tom. I, p. 158; y Tiedemann, *Geist der speculat. Philosophie*, tom. III, p. 116. También Vopisco quería escribir la vida de Apolonio, «sabio de gran fama, verdadero amigo de los dioses, y digno de ser colocado entre ellos,» y añade: «¿Se vió nunca entre los hombres uno más santo, más respetable ni más divino? Devolvió la vida á los muertos, dijo y ejecutó cosas superiores á las fuerzas naturales.» *Historia Aug.*